

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LOS ESPAÑOLES EN YUCATAN

Ó LOS PRIMEROS

PRODIGIOS



MAUCCI H^{OS}

MEXICO.

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LOS ESPAÑOLES EN YUCATAN

ó

Los primeros prodigios

por

HERIBERTO FRIAS



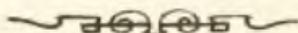
MÉXICO

Mauccl Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



Los Españoles en Yucatán



Es digna de conocerse la leyenda que refiere como en la primera batalla que tuvieron los conquistadores españoles contra los hijos del Anahuac, triunfaron estos al fin de reñidos combates y cuando ya iban á ser derrotados completamente, si no se aparece muy á tiempo, soberbio y triunfal, montando brioso cor-

cel, cubierto el varonil y robusto cuerpo con marcial armadura poderosísima de puro oro cincelado, esgrimiendo larga y tremenda lanza, el mismo Apóstol Santiago.

*
* *

Una mañana frente á hermosa bahía se detuvo la flota. Era aquel un paraje misterioso; de los barcos se echó al mar un bote para que en tierra reconocieran donde se hallaban.

Cuando llegó la canoa á la playa, que era la de Yucatán, varios indígenas semi-desnudos se acercaron á los hombres que venían de la flota de Hernán Cortés.

¡Y cuál no sería la sorpresa de estos cuando de entre los «indios mayas» aparece una figura linda, graciosa y mági-

ca, vestida con ligera tunicuilla, de una seda especial pintada con hermosos colores!... Y era lo más asombroso, lo verdaderamente terrible, era lo divino casi, que tenía azules sus preciosísimos ojos... Ojos grandes, espléndidos, soberanos, tocados, por fulgores azules de una melancolía sutil, delicadísima, incomparable!

. ,

*
* *

—¡Alalá! ¡Alalalá!—gritaron los indios mayas al ver á los españoles.

—¡Adelante!... ¡Adelante y cierra España!... ¡Cierra España!—respondieron los valientes conquistadores.

Ya iba á empezar la batalla que hubiera sido espantosa, cuando habló por fin la hermosa virgen de aspecto indígena; pero linda, bellísima, aérea y sobre

todo iluminada por el tiernísimo y delicado fulgor azul de sus ojos misteriosos. ¡Qué pasmo, qué sorpresa!

La doncella de los ojos azules, sonriendo con serena tranquilidad, habló en un puro y claro lenguaje español las siguientes palabras que no habían de olvidar nunca ¡oh, nunca! los marinos y guerreros hispanos que las escucharon con tremenda sorpresa.

Hé aquí las misteriosas frases de la doncella de los azules ojos:

—¡Ea!... ¡ea!... ¡Silencio!... ¡Parad!... Detenéos, valientes mayas.... Vosotros que amáis á los héroes que combaten por la patria, vosotros que en la guerra sois tan audaces y terribles como justos y generosos en la paz, vais á saber que los que se os presentan vienen en nombre de la Sagrada Religión Unica, cuyo sím-

bolo es la Cruz!... ¡Oh! Sí, oid, amigos míos, oidlo bien: ¡la Cruz!...

.

*
* *

¿Sabéis, mis amables lectores, en qué estuvo el soberano prodigio de las frases de la misteriosa doncella?... ¿Sabéis?

Pues bien, fué que los guerreros mayas escucharon sus palabras en su idioma, y que los españoles por su parte, como por un milagro, también las oyeron en castellano...

Al acabar de pronunciar su discurso la gentil doncella desapareció, dejando caer sobre españoles y sobre los indios estas palabras nuevas: «¡paz, amor!»

*
* *

Los guerreros mandados por Hernán Cortés recibieron entonces miles de obsequios preciosos, sobre todo oro, mucho oro, carne de aves exquisitas, de animales de caza y de peces muy hermosos, así como plumas y mantas. Y también recibieron noticias importantes acerca del imperio de Moctezuma.

—Este es un emperador tirano, ostentoso y magnífico, tan grande como cruel: su ciudad, Tenochtitlan tiene mil «teocallis», y en el «teocalli» mayor sacrifican diariamente infinidad de seres humanos. ¡Id, Señor blanco, hijo del Gran Quetzalcoatl á decir al gran Tecuhtli que ya debe ser el instante en que baje á la cueva de sus infiernos para que gocen sus pueblos de alguna calma! ¡Cumplid las venganzas del pueblo!



Con buen viento y provistos de mas víveres y municiones y armas partieron los once navíos; al frente de los diez de segundo orden en su nave «Capitana», lleno el corazón de entusiasmo iba Hernán Cortés con su natural aire de gran señor, al mismo tiempo que alegre, deci-

dor y poeta de ocurrencias muy galanas que expresaba en castellano y latín.

*
* *

Allá en otra isla, cerca de Tabasco, la flota encontróse con uno de los desdichados españoles que desde hacía muchas años, cuando se emprendió una primera expedición quedaron hechos prisioneros por los indios por haber naufragado el barco que los conducía á las batallas de la conquista.

Algunos infelices quedaron en los desiertos de las islas; después fueron apresados de nuevo en Yucatán, siendo esclavos de los caciques y pasaron á Tabasco luego, hasta que por fin sólo quedó un tal Gerónimo de Aguilar, quien fué cambiado por cuentas de vidrio y el pobre volvió desnudo, con la nariz y las

orejas agujereadas, tostada la piel y apenas comprendiendo el castellano... ¡Cuántos martirios había sufrido el desdichado, cuántas humillaciones el que tan bravo y valiente había sido!

¡Cuál no sería su felicidad cuando ya se encontró con sus amigos y compatriotas y dentro de aquellos poderosos barcos que, repletos de víveres, armas y gentes guerreras se dirigían á buscar el imperio del Tecuhtli, de Tenochtitlan, del emperador augusto y tiránico del inmenso Anahuac!

Y después de solemnes fiestas religiosas en la isla de los indios, después de que los españoles oyeron misa, bendiciéndose por otra vez más los estandartes, la flota partió lanzando gritos de alegría soberbia, encomendándose Hernán Cortés á su santo patrono el gran San Pedro.



.
En tanto allá en la isla de Cuba el go-
bernador más furioso que nunca despa-
chaba correos á que detuvieran la flota
de su compadre Cortés, y otros correos
iban á España á comunicar la desobe-

diencia del atrevido Fernando que iba en pos de un mundo enorme.

Sí; ya antes de que el gran conquistador obtuviese la gloria de la conquista de México; aun antes ya revoloteaban sobre las velas de las embarcaciones negros buitres ¡las aves del odio! ¡Los negros pájaros de la envidia!... ¡Entre Diego Velázquez y Fernando Cortés el odio sería eterno!

.
Hernán Cortés las vió aletear una noche al estar obscureciendo el cielo, como manchas de maldición que velaban la casta blancura de la luna. Y al ver de nuevo aquellos siniestros pájaros de la muerte se estremeció, pero se repuso al instante, y luego lanzando una enorme, una larga carcajada, exclamó alegremente:

—¡Iré á donde me lleve el destino; iré

á llevar á mis reyes el águila del imperio de que tanto me hablan!

*
* *

Y luego que desaparecieron las manchas negras allá en el horizonte, pasó cruzando la faz de la luna una inmensa águila de color de sangre que se perdió también por el espacio negro...

—¡Maldición, maldición!—exclamó Cortés al sentir sobre su frente como una chispa, la última gota de sangre del águila que se perdía en el infinito...

¡Aquella águila imperial era la imagen de Cuahutemoc, el último y más heroico de los reyes del Anahuac!

¡Su sangre de fuego había quemado ya la frente del Capitán conquistador!

Después... todo desapareció. Las sombras se enseñorearon del mar, y la flota



de Hernán continuó su derrotero impelida por vientos favorables; las olas sumisas besaban las quillas y allá las sirenas cantaban tiernamente; nadando entre las ondas de ébano orladas de blancos plumazones de espuma.

Ya, ya se acercaban al imperio grandioso cuyas horas estaban contadas!

Al día siguiente les esperaba una batalla, la primera.

*
* *

Fué terrible. Ya os la contaré próximamente; y es curiosa, porque se apareció el Apóstol Santiago, salvando á los españoles, como ya os anuncié, amigos míos...



- Historia de Meztlichotil**
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo